

LAS RAÍCES DE LA ESTÉTICA DE CARLOS ARTURO TRUQUE

Álvaro Morales Aguilar

El año de 1953 es significativo en la vida del escritor y dramaturgo Carlos Arturo Truque, pues en esta fecha el país se entera de la importancia de este intelectual chocoano, nacido en Condoto el 28 de octubre de 1927.

En la fecha que mencionamos, el escritor obtuvo el Premio Espiral con su libro *Granizada y otros cuentos*. A partir de esta raya de la buena fortuna (justa compensación a la calidad de su escritura literaria), los éxitos se acumulan en el corazón de quien merece un lugar destacado en la literatura nacional: en 1954 obtiene el tercer premio de la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia por su obra *Vivan los compañeros*. Cuatro años después, repite el tercer lugar en el Concurso Folklórico de Manizales y corona el primero de El Tiempo para su cuento “Sonatina para dos tambores”. En el año de 1965 su cuento “El día que terminó el verano” recibe mención en el Quinto Festival Nacional de Arte. En el extranjero, porque su obra trascendió la patria, recibe un premio por su drama “Hay que vivir en paz”, en el Festival de Berlín (RDA).

LOS AÑOS DUROS

Aquella confesión que Carlos Arturo Truque A. hiciera para la revista *Teorema*, (número 1, septiembre de 1975), es un testimonio vital, atormentado y esperanzado. Allí se encuentra uno inmerso en los hechos más protuberantes de su vida horneada a peso de injusticias y atropello propinados por una sociedad cuyo signo predominante es el azote y el garrote para quienes tienen la desfortuna de no venir al mundo apadrinados por el privilegio de la riqueza y del apellido, incluso por la piel desteñida. El testimonio propulsado desde las apetencias de un Yo, que se desahoga en un amplio espacio de voz y de papel, tiene la especial estructura de un estilete que llega hasta el alma del lector para herirla con su espiga trémula de una pesadumbre con arrugas anclada en las aguas interiores del escritor.

Allí nos enteramos de su infancia, de su aplicación como excelente alumno y la injusta exclusión del maestro que lo priva del reconocimiento a que se ha hecho merecedor por su dedicación, por aquel tesón del niño que, sabiéndose habitante de un mundo lleno de crueldades y de miramientos despreciativos, se propone conquistar el mundo adverso con las armas siempre en ristre del saber, de la virtud. De aquella experiencia amarga, dice el escritor: “El maestro seguía en su sitio. Lo miré con rabia, con un odio capaz de causarle la muerte, con una furia igual a la del hombre a quien dan una palmada que no se ha merecido.” Aquello fue en Cali, a donde llega a estudiar, (abandonando su Condoto raizal), en la Escuela Pública de San Nicolás.

Aquello que un adulto puede juzgar a la ligera como un pasajero incidente, no tiene en el niño la misma dimensión. De allí que el escritor hubiese recibido la afrenta con la misma significación de una herida sin posibilidad de cierre ni de cicatrización. Él comenta al respecto: “El incidente que he narrado trajo consecuencias irreparables. Yo era un introvertido y desde entonces lo fui más. Me acostumbré a hacer una vida para ser gozada sólo por mí. Y fui desarrollando un crudo egoísmo que hubiera llegado a destrozarme, si no hubiera tenido la pasión de llenar cuartillas. Eso constituía

una especie de compensación para mi anormal comunicación con el mundo exterior. Hallé una forma de volcarme sobre él, de hacerlo partícipe de mi mundo y participar a mi vez del suyo.”

Las amargas de Carlos Arturo Truque no acabarán allí en la infancia. Como miembro adulto de una sociedad rajada en antagonismos de clase, saturada de prejuicios de toda índole, sufrirá los golpes de la censura a sus cuentos que no podían caber en los periódicos y revistas, en donde se tropieza con aquella traba de las “jefaturas de redacción y la insolencia de los pontífices” que, rectores del gusto del momento, consideran sus trabajos literarios impúblicables porque contenían muchas “palabras feas” que podían lesionar oídos y ojos que califican la escritura literaria del escritor Truque la llaman “literatura sucia”.

Quiero acabar este aspecto con una cita bien larga del escritor que me sirva de pie de apoyo para plantear el asunto de su estética particular y de sus raíces, como sigue

Creo que tengo la suficiente autoridad para hablar de los problemas que he sufrido en carne viva; es más, creo que los hombres que se inician y trabajan por hacer una gran obra que enorgullezca las letras patrias, me comprenden. Ninguno de ellos ha podido librarse del hambre, del sufrimiento, de la incomprensión de los dómynes, de las críticas del clan, de la mirada sardónica de los reyezuelos de redacción y de los gritos de espanto de las viejas beatas que se han apoderado de la cultura nacional... (Truque 2004)

EL HORNEAMIENTO DE UNA ESTÉTICA EN TRUQUE

Cuando nos acercamos a la vida de un escritor y buceamos en las circunstancias internas y externas que lo contextúan en su vida social, descubrimos, a veces con una lucidez apabullante, las causas que resortan su postura estética, que es el resultado de muchas fuerzas regidas por la ley universal de la dialéctica con sus componentes de tesis, antítesis y síntesis.

Explicitemos esta formulación general de alguna manera como sigue para el caso de Carlos Arturo Truque: el escritor nació en una

región colombiana *sui generis*, el Chocó, paradójicamente rica y miserable a la vez; olvidada y menospreciada por el Estado y por los gobiernos pese a su riqueza, pero por ello mismo expoliada y saqueada por extranjeros ávidos de riqueza. De esa circunstancia natal dice el escritor:

Nací en la era mecánica, en un pueblo que la desconocía. Cualquier pueblo de Colombia, de esos que se quedan en un remanso de la civilización y que conservan como tesoro máspreciado lo elemental en la existencia. Hasta mis ocho años no conocía las barreras que separaban a unos de otros. Como el pueblo era pobre, nadie pensó nunca que la riqueza era un factor para brillar y valer más que los que no la poseían. Siendo un pueblo de negros, nadie imaginó que las diferencias de pigmentación pudieran abrir abismos insalvables y ser usadas para establecer la dominación y el repudio de quienes se consideraron inferiores... (Truque 2004.)

Luego viene, en la nostalgia desgarrada de Truque, aquel nefando y nefasto suceso de la humillación, de la vejación a que lo somete la ácida experiencia en la Escuela Pública de Cali y que signa el alma del niño Truque en forma dramática y traumática. Yo no quisiera hacer pasar como asunto mío la hondura de la herida y por ello consigno estas palabras del escritor que dan la dimensión exacta de lo que significó para él ese hecho de menosprecio:

Vine, si puede decirse, limpio a la vida. Esta me enseñó bien pronto la lección que el bueno de mi pueblo no se había podido aprender: que el mundo está fundado sobre valores bien diversos y, como la vida no da nada sin arrancar un dolor, este conocimiento me desgarró y destruyó lo más puro que puede tener un ser humano: la fe en la ajena bondad.

Sucedió de la manera más sencilla. Desde el pueblo fui trasladado a Cali, que por entonces empezaba a tener aires de gran ciudad, y matriculado en la escuela pública de San Nicolás... (Truque 1993.)

Después, el doloroso relato de la depredación a que fue sometida su virtud, su mérito como estudiante consciente del menosprecio, de la repulsa a que, por su condición de negro, era sometido

y dispuesto a frentear esa supuestas inferioridad con el ejercicio de la inteligencia como forma de darle la batalla a la exclusión sin recibir la justa recompensa a su valía, pero si menos el menoscabo aumentado por la ironía, pues, en lugar suyo, fue premiado, ensalzado, el primero de su grupo, “un tartamudo que nunca pudo encontrar la manera de dar una lección en forma correcta; porque, a más de tartamudear, nunca se las aprendía.” Los incidentes posteriores que están relacionados con las actitudes excluyentes de la sociedad colombiana, en especial la andina, a donde el escritor Truque arriba (como hemos hecho casi todos los provincianos que hemos gozado del privilegio del estudio en la capital del país, o que hemos bajado anclas momentáneamente en ella) y a la cual pretende ofrecer los frutos de su ejercicio creativo, se constituyen en otros ingredientes que van a dar como resultado el reforzamiento de sus frustraciones que ya tenían largas raíces. En suma; la inacabable lista de experiencias desgarrantes que vulneran sin tregua ni cuartel la sensibilidad de un artista que es Truque, su condición de persona, de ser humano cuya mentalidad trasciende los miramientos estrechos y vergonzantes de la sociedad colombiana-andina de su momento, se sintetiza en él en la búsqueda afanosa, en la exploración afanosa de su talento para revertir tanta soledad, tanta pesadumbre, en un acrisolado temple estético, artístico con que dar cuenta de ese horripilante mundo de atropellos, de ultrajes a los humildes entre los cuales se encuentra él. Otros han escogido diferentes caminos. Otros negros, quiero decir. Cuántos de ellos, ampliamente conocidos, han transitado por los senderos tortuosos del arribismo, de la servidumbre a los poderosos opulentos; cuántos no han aceptado andar a la zaga de los manejadores de la sociedad colombiana en todos los órdenes. Muchos han repetido, en la época actual, el pasado histórico que los hizo parte integrante de la trietnia cultural que es la razón de ser de nuestro país y de América Latina.

Truque, siempre erguido, íntegro, moralmente limpio, afiló su poderoso talento literario, nutrido de lo más granado de la literatura universal (porque era una hombre culto, porque para escribir bien hay que leer bien y bastante), y con una voluntad fabricada de hierro persistió hasta lograr romper la espesa cáscara de la me-

diocridad, de la cursilería que dominaba la literatura colombiana de su época, arbitrada por los pontífices retardatarios que siempre ha tenido la literatura colombiana, especialmente en la supuesta “Atenas Suramericana.” Y Truque se hizo oír y respetar. Peleó a letra partida y a letra entera para ocupar un puesto meritorio en la literatura colombiana, así su reconocimiento pueda resultar tardío. Eso no importa, que esa es la recompensa de los verdaderamente grandes.

Pero regresemos al asunto de la conformación de la estética en Carlos Arturo Truque: si nos remitimos al aparte en donde hicimos referencia al resultado a que conduce al escritor el incidente de la infancia en Cali, hayamos unas huellas frescas que vale la pena revisar para llegar hasta el nacimiento de una vocación, del desarrollo del talento literario del autor:

Él dice del recrudescimiento de su introversión como efecto de la injusticia cometida, habla del recrudescimiento de su egoísmo atemperado, neutralizado por la “pasión de llenar cuartillas,” lo que equivale a considerar el hecho como una forma de sublimar aquella tendencia del yo a encerrarse peligrosamente en sí mismo, en el resentimiento represado a punto de estallar en actos destructivos. El Yo de Carlos Arturo Truque condensa el dolor, la ansiedad, la angustia en la creación literaria, con lo cual Freud nos asiste en la cabecera del origen de la obra de arte, o del arte a secas. Truque confiesa:

[...] Y fui desarrollando un crudo egoísmo que hubiera llegado a destrozarme, si no hubiera tenido la pasión de llenar cuartillas. Eso constituía una especie de compensación para mi anormal comunicación con el mudo exterior. Hallé una forma de volcarme sobre él, de hacerlo partícipe de mi mundo y participar a mi vez del suyo. Y nada fuera de lo común habría sucedido, si la actividad literaria cuando se posesiona de un hombre no le restara capacidad de actuar en otros campos; pero la creación exige la entrega absoluta, la rendición incondicional, el sometimiento a todas las contingencias...

Ya hay aquí una pauta, una guía que nos sirve para detectar el criterio estético que movía la creación del escritor Truque: el trabajo constante, persistente como forma de reducir el lenguaje discolorado

y refractario a la calidad de artístico. Igualmente, sus palabras sirven para confirmar la base general del ejercicio literaria en todos los escritores de calidad. (Truque 1993.)

Otro aspecto que está en la raíz de la estética literaria de Carlos Arturo Truque es la adopción de una línea política de una toma de partido en pro de los desfavorecidos, de los oprimidos; es la exacta consideración de que el problema del negro en Colombia o el mundo entero no es un asunto de pigmentación, sino que es un asunto político, es un asunto de la división de la sociedad en opresores y oprimidos, en explotadores y explotados. Ello lo llevó a ubicarse políticamente en la margen izquierda, en la vereda de los pobres, de los proletarios, de los miserables. Por ello sus cuentos se alimentan, en lo social, de los problemas del proletariado tanto urbano como rural. Truque era enfático en señalar ese contenido social de sus obras y tenía claridad sobre el rechazo a sus cuetos en razón de esa solidaridad social con los oprimidos:

Para quienes quieran una forma artística, nutrida de las condiciones de vida de la gran masa del pueblo colombiano, el camino está vedado. Truque, pues, pertenece a esa serie de escritores latinoamericanos que afinan la creación literaria en la vida popular (rivera, Icaza, Azuela, etc...) para ofrecer a los lectores los horrores, las gestas, las tristezas y las esperanzas de las musas subyugadas por clases sociales que generan su bienestar y esplendor de la miseria de los grupos sociales que en Colombia medran por las razones señaladas y denunciadas en sus cuentos y dramas. La estética del escritor chocono vislumbra la responsabilidad del escritor con estas palabras:

No deben olvidar nuestros europeizantes que las épocas más floridas de la literatura universal han estado normadas por los pueblos y los escritores no han sido meros escribanos, artesanos por mejor decirlo, de la voluntad popular. (Truque 1993.)

Y bien, si Carlos Arturo Truque se nutre socialmente, para construir sus universos literarios, en la vida de los oprimidos y explotados del campo y de la sociedad, necesariamente tenía que

romper con el lenguaje que en el país se tenía por literario en su momento. Por ello él afirma:

Desde el conocimiento personal del mundillo literario capitalino, afirmé mi convicción sobre el destino futuro de nuestras letras y adquirí la fe profunda de su salvación por hombres que pudieran acercarse al elemento popular y tratarlo de una manera nueva, alejada del academicismo y del purismo señalándole un derrotero, no confundiéndolo con las tediosas disquisiciones, dudas, problemas y soluciones copiadas de las lecturas de los clásicos modernos. (Truque 1993.)

Entonces uno disfruta en los cuentos de Truque del lenguaje vernacular, de giros y expresiones utilizadas por el pueblo para reflejar el mundo y su mundo. Es un lenguaje musculoso, lleno de vida, que aún hoy se mantiene con un verdor que asombra. Y no cae en localismos ni regionalismos intraducibles, sino que logra, a través del manejo de la polisignificación del lenguaje mismo, hacerlo comprensible contextualmente. Truque es un pionero en el país en el tratamiento de lo popular sin los lastres del costumbrismo tan propio de nuestra literatura del siglo XVIII y XIX. ¿Y cómo ha logrado el condoteño esto que afirmamos? Incuestionablemente a partir de un análisis erudito de lo que es más que meridiano. Oigámoslo:

[...] La enseñanza de los ecuatorianos y su vigorosa novela, conocida y universalmente, es digna de ser seguida. Ese pequeño pueblo ha tenido el valor de presentar a la faz del mundo sus problemas sin avergonzarse por ello. Eso le ha valido un sitio que los equivocados pontífices nuestros no han podido obtener en el concierto de las naciones cultas de la tierra. Porque para llegar a la universalidad hay que partir de los elementos que se tienen a la mano y laborar con ellos en planos elevados de la creación. Lo contrario, el sometimiento irrestricto a las culturas foráneas, sólo puede dar por resultado el arte imitativo, sin base de sustentación y sin valor alguno. (Truque 1993.)

Es ésta una brillante enseñanza para los escritores que no han podido rebasar los límites estrechos del corral, del patio cuando han querido (cuando han tenido el loable propósito de hablar de sus asuntos) darle validez universal a los acontecimientos locales, regionales.

Y, por último, debo recabar en que la estética de Truque siempre tuvo como soporte la certeza de que su tarea como escritor estaba bien encaminada, de que no debía claudicar ante el gusto por la cursilería y la mediocridad impuesta, manipulado por los “pontífices” interiores, andinos: de que haciendo literatura por y para los humildes, para el pueblo y no para las damas encopetadas de la burguesía colombiana, cumplía con honestidad con su magnífico oficio de escritor. He aquí una nota de optimismo que ayuda a escribir y a vivir:

Tengo, eso sí, una fe profunda en la fuerza de los humildes. Sé que vendrán otros hombres y harán accesible el camino a los que vengán detrás de nosotros con idénticos anhelo. A ellos tocará la vida limpia que no hemos tenido oportunidad de vivir. Mientras tanto, es nuestro deber sostenernos firmes para no hacernos acreedores a su desprecio.(Truque 1993.)